

virtud del cual si el elector se veía atacado, el rey le ayudaría con cuatro mil caballos, ocho mil infantes y mil doscientos dragones, comprometiéndose él, á su vez, á auxiliar al monarca francés con dos mil caballos, cuatro mil infantes y seiscientos dragones. Federico Guillermo se aseguraba el apoyo del rey en algunos asuntos de menor cuantía, recibía un subsidio anual de cien mil escudos y se obligaba á «prestar su garantía á Su Majestad Cristianísima... para el mantenimiento de los derechos y de todas las ventajas de que disfruta y ha de disfrutar» en virtud del tratado de Nimega, lo que equivalía á reconocer las reuniones pasadas y futuras.

A Luis XIV interesábale sobre todo paralizar á Inglaterra, á cual efecto mientras por un lado prometía su ayuda á Carlos y al duque de York, por otro intriga con la oposición parlamentaria, á la que hacía decir por su embajador que era el protector de las libertades inglesas. Al mismo tiempo amenazó á Carlos, para el caso que se uniera á España, á Holanda y al Imperio, con deshonrarle y perderle publicando el tratado de Douvres; por lo que aquél, después de alguna resistencia, consintió en un arreglo, con la condición de que fuese verbal, y se comprometió, mediante un nuevo «pensionamiento» por tres años, á romper su inteligencia con España y á impedir que su Parlamento hiciese cosa alguna perjudicial á los intereses de Francia. Luis XIV, por su parte, le prometió no atacar los Países Bajos. La defección de Inglaterra quitó al príncipe de Orange toda esperanza de formar una coalición contra Francia, pues sólo ella podía tomar la iniciativa para llevarla á cabo. «En nuestro país, escribía el príncipe, es en donde ha de ser salvada toda Europa, que, de lo contrario, pronto será subyugada... ya que nuestra situación y las circunstancias de los tiempos no permiten que seamos nosotros los primeros en hablar ó en obrar.» Luis XIV sabía esto perfectamente; así es que, tranquilo por todos lados, se dedicó de nuevo á «reunir.»

Estrasburgo fué reunida sin formalidad de justicia.

En el congreso de Nimega, los plenipotenciarios franceses se habían negado á que en el tratado se insertase un artículo que garantizara la independencia de aquella ciudad, la cual, por consiguiente, quedó después de la paz expuesta á las empresas de Luis XIV. Estrasburgo habíase visto muy apurada durante la guerra; su puente era «de gran consideración,» como entonces se decía, en las campañas sostenidas á orillas del Rin, y por esto la prudentísima burguesía que gobernaba en aquella hubiera querido cerrarlo á todos los beligerantes. En 1673 el emperador pidió permiso para pasar por él, y el «magistrado,» que así se denominaba á la municipalidad compuesta del pretor, del cónsul y del senado, se lo negó declarando que quería permanecer neutral, viéndose los imperiales obligados á descender nuevamente por el Rin hasta Philippsburgo. Pero después de la victoria alcanzada por Turena en Sinsheim y de la toma, por uno de sus lugartenientes, del fuerte del Peaje, situado á orillas del río, el populacho obligó al magistrado, en septiembre de 1674, á llamar á algunos regimientos de caballería imperial, y entonces los franceses fueron expulsados de la ciudad y entraron en ella los imperiales. Cuando el mariscal hubo reconquistado la Alsacia,

Estrasburgo volvió á ser neutral y un nuevo residente francés declaró que todo lo pasado se daba al olvido; mas al día siguiente de la muerte de Turena, la ciudad, cediendo á las amenazas de Montecuculli, autorizó el paso de los imperiales, haciendo la propio por tercera vez en julio de 1677. En 1678 hablóse de una alianza con el emperador y al fin las tropas de éste ocuparon Estrasburgo á principios de 1679; pero habiendo exigido Francia inmediatamente que se retirasen, á fines de julio comenzó la evacuación. Quiso entonces la ciudad reconstruir las fortificaciones de la entrada del puente, destruidas durante la guerra, y Louvois, que había ido á establecerse en Alsacia, obligóla á contentarse con un insignificante reducto. Después, los fallos del Consejo de Brisach menoscabaron la independencia de Estrasburgo y la desposeyeron de sus dominios exteriores. A fines de 1680 intentó hacerse declarar país neutral, pero el rey de Francia no quiso consentir en ello, en lo que á él concernía, por la razón de que reconociendo esa neutralidad habría reconocido que había tenido propósitos de guerra. La llegada á Estrasburgo de un plenipotenciario imperial y el rumor de que se aproximaba un ejército, dieron, en otoño de 1681, á Luis XIV un pretexto para obrar.

Los preparativos para la operación militar llevaron á cabo con la discreción y habilidad ordinarias. Varios regimientos de caballería acampados cerca de Huninga vigilaban los posibles movimientos de Zurich y de Basilea, antiguas aliadas de Estrasburgo, mientras un cuerpo de ejército procedente del Norte avanzaba por Lila y Tournai. En la noche del 27 al 28 de septiembre, de Asfeld, con tres regimientos de dragones, aproximóse al puente y, tras unos pocos disparos, ocupó el reducto defendido por cinco ó seis hombres; pero dada la alarma á la ciudad, las campanas tocaron á rebato y en las murallas se encendieron grandes hogueras. El magistrado preguntó á los agresores qué era lo que querían, y mientras se seguían las negociaciones, que duraron varios días, Estrasburgo viose sitiada por treinta y cinco mil hombres, para defenderse de los cuales contaba solamente con algunos centenares de suizos. La población, en su gran mayoría hostil á Francia y que quería defender su religión y su independencia, corrió á las murallas; pero el magistrado había tenido «la prudencia de dejar en ellas los cañones sin pólvora, á fin de privar á algunos insensatos del medio de empezar un juego que había de acabar mal para la ciudad.» La burguesía sabía que era imposible resistir y tenía miedo del sitio, del bombardeo y de un motín de la plebe; de aquí que el magistrado, en la mañana del 29, enviara una diputación á Louvois, que se hallaba en Illkirch, y que concedió veinticuatro horas para la capitulación. Al día siguiente, 30, los emisarios estrasburgueses llevaron un proyecto de capitulación al ministro, que lo aceptó, después de haber hecho en él algunas correcciones: los privilegios de la ciudad serían confirmados y la libertad de la religión garantizada; la catedral sería restituida al culto católico y el arsenal y el material serían entregados al rey de Francia. Inmediatamente después, las tropas francesas ocuparon Estrasburgo, en donde entró con gran pompa, en 20 de octubre, Egón de Furstenberg, el agente pensionado de la política de Luis XIV y especie de obispo *in partibus* en aquella ciudad pro-

testante. A los tres días llegó el rey en carroza dorada tirada por ocho caballos, siendo saludado por todas las campanas y por trescientos cañones, dirigiéndose á la catedral y siendo recibido á la puerta de ésta por el obispo, quien le recordó que dos reyes poderosos, Clodoveo y Dagoberto, habían fundado la iglesia de Estrasburgo, y ensalzó al rey más glorioso que era el tercer fundador de la misma. La conquista de Estrasburgo por Luis XIV era, en efecto, un desquite del catolicismo. Después de cantado el *Tedum*, el rey celebró en el palacio del margrave de Baden-Durlach una recepción brillante á la que concurrieron numerosos príncipes extranjeros, mientras por las calles algunos aldeanos aclamaban al rey de Francia.

El mismo día en que unas tropas francesas ocupaban Estrasburgo, otras entraban en Casal, capital del Monteferrato. Esa ciudad, perteneciente al duque de Mantua, estaba situada junto al Po, en la frontera oriental piamentesa, y era una posición importante para la política francesa, pues quien fuese dueño del Pignerol al Oeste y de Casal al Este, lo era del Piamonte. Por otra parte, Casal daba entrada al Milanésado español; de aquí que franceses y españoles se disputasen desde hacía tiempo la alianza mantuana. La corte de Mantua vivía enteramente entregada al amor. El duque Carlos III, menor de edad á su advenimiento al trono, había empezado reinando bajo la tutela de su madre la archiduquesa Isabel Clara, princesa que honraba á su secretario Bulgarini con una confianza que, según afirma Pomponne, iba «más allá de lo que atañía al gobierno del Estado.» Casados secretamente, el emperador y el papa les obligaron á separarse; Bulgarini hizo benedictino y la princesa monja, aunque sin abandonar su palacio desde el cual seguía gobernando con la aquiescencia de Carlos. Éste, á los veinte años, se casó con una bellísima Gonzaga, que muy pronto padeció «de los males que tantos motivos dan para compadecer á las mujeres honradas casadas con hombres licenciosos.» El joven duque solía vivir en Venecia «con cortesanías» y acabó por arruinarse. El marqués de Villars, embajador de Francia en Turín, propuso á su corte, después de la paz de Nimega, que se entendiera con aquel tronado:

«Es un indigente, gran jugador y gastador; ni él ni sus favoritos tienen un sueldo, y los judíos le han asegurado su renta por algunos años. Creo que si se podía lograr de él que pusiera la ciudadela (de Casal) en manos del rey, dándole una buena cantidad de dinero y una pensión considerable para mantener la guarnición de la ciudad y del castillo, sería un negocio muy ventajoso, tanto más cuanto que ese príncipe no puede vivir mucho tiempo.»

El P. de Estrades, embajador de Luis XIV en Venecia, comenzó las negociaciones por mediación del conde Mattioli, á quien «el trato de la vida de disipación había conquistado la confianza del duque.» Luis XIV envió á Venecia, cerca de Carlos III, al barón de Asfeld, el cual, mientras atravesaba el Milanésado, fué detenido por los españoles á quienes Mattioli había vendido el secreto de la negociación. El monarca francés mandó prender y encarcelar á ese intrigante, que, según parece, fué el misterioso personaje conocido con el nombre de *Máscara de hierro*, é intimó al duque á que cumpliera los compromisos que habían sido con-

traídos en su nombre; Carlos negóse á ello, afirmando que nunca había dado poderes á Mattioli; pero habiendo insistido Luis XIV, que había reunido en secreto un cuerpo de tropas en la frontera de los Alpes, firmóse, en 8 de julio de 1681, un tratado por el cual el príncipe recibía cien mil pistolas y una pensión de sesenta mil libras, se ponía bajo la protección del rey de Francia, y á fin de estar más eficazmente protegido por éste, le entregaba la ciudadela de Casal, bien que conservando su soberanía. Entonces el cuerpo de ejército francés atravesó el Piamonte, como si hubiese sido una provincia francesa, y el día 30 de septiembre entró en Casal. Y así pudo decirse en Francia que el rey, más grande que César, había sometido en un mismo día el Po y el Rin.

En la región lorenesa habían proseguido las operaciones de justicia y de fuerza. La Cámara decretó la reunión del condado de Chiny, situado entre Metz y Luxemburgo y perteneciente al rey de España; y habiéndose negado el duque de Parma, gobernador de los Países Bajos, á retirar los soldados y agentes españoles que en aquella comarca había, varios cuerpos de caballería franceses penetraron en Luxemburgo, en Flandes y en Hainaut, y los españoles evacuaron al fin el condado en abril de 1681. Pero la Cámara de Metz había descubierto que de aquel condado dependía casi todo el Luxemburgo, excepción hecha de la capital y de unas quince aldeas; la corte de Madrid discutió esas pretensiones en unas conferencias celebradas en Courtrai, pero uno de los negociadores de España comprendía sobradamente que «las razones españolas no prevalecerían nunca sobre las francesas, apoyadas por cien mil infantes y veinticinco mil caballos,» y decía que «sus soberanos y él ya esperaban que por este medio serían juzgados.» Louvois organizaba un bloqueo de la ciudad de Luxemburgo, disponiendo que las tropas ocuparan las aldeas vecinas y detuvieran los convoyes bajo pretexto de ejercer la policía de los caminos, y á aquella capital estábale reservada la suerte de Casal y Estrasburgo.

III. - La tregua de Ratisbona

La conquista, realizada en un mismo día, de Casal y Estrasburgo, puso en conmoción á Europa; entre los príncipes de Hannover, en Baviera y en Sajonia, la toma de Estrasburgo fué considerada como una violación de la paz, y en todo el Imperio prodújose un movimiento de opinión pública, apareciendo libelos en las provincias más apartadas como Silesia.

Antes de la ocupación de Estrasburgo, anunciábanse ya agrupaciones de potencias: Suecia, perjudicada por la sentencia de la Cámara de Metz relativa al ducado de Dos Puentes, negociaba con las Provincias Unidas, firmándose en 30 de septiembre de 1681 en la Haya un tratado, por el que ambos Estados se proponían el mantenimiento de la paz de Nimega y se obligaban á socorrerse por tierra y por mar siempre que alguien, por razón de aquel convenio, les atacase junto ó separadamente, *quicumque etiam ille sit*, fuese quien fuese el agresor, decía el acta. Aquella liga de dos potencias podía llegar á ser, con la adhesión de otras, una gran coalición.

Luis XIV, que durante su viaje á Estrasburgo se había enterado de la firma del tratado entre Suecia y Holanda, obró con cautela, y en octubre de 1681 protestó en Viena de su deseo de mantener la paz, reiterando después esas protestas en unas conferencias celebradas en Francfort, y ofreciendo renunciar á todas las pretensiones que todavía pudiera tener con tal que le dejasen las reuniones ya efectuadas, incluso Estrasburgo. El rey se había acostumbrado á dictar condiciones, á declararlas modestas y á amenazar con hablar en otro tono si no se le daba satisfacción dentro de un plazo que fijaba. Al mismo tiempo, organizó una contraliga. En 9 de noviembre de 1681 celebró en Saint-Germain «un consejo que duró siete horas seguidas, sin que el rey se moviese,» y en el cual se decidió estrechar la alianza con Brandeburgo. Federico Guillermo había solicitado hasta entonces una estrecha inteligencia con Francia, pero Luis XIV se había mostrado muy poco entusiasmado con esta proposición, sea porque desconfiase de aquel personaje siempre inquieto, poco seguro, muy astuto, «como una zorra;» sea porque le costase renunciar á la antigua tradición de la alianza sueca, en adelante incompatible con la de Brandeburgo; sea por ambas razones juntas. Ahora, en cambio, era el rey quien solicitaba al elector. Federico Guillermo, que había pasado un mal año, á consecuencia de la gota, del pesar que le causara la pérdida de Stettin, de grandes contrariedades (pues quería llevar el pabellón brandeburgués á mares remotos y fundar una potencia colonial) y del temor de que sus vecinos se unieran contra él, comprendía cada vez más la necesidad de apoyarse en la fuerza de Francia. Bien es verdad que había protestado contra la persecución de que en Francia eran objeto sus correligionarios y que acogía con entusiasmo y hasta llamaba á su país á nuestros emigrados; cierto también que la ocupación de Estrasburgo le indignó; pero los intereses de sus Estados pudieron en él más que sus sentimientos religiosos y patrióticos. La ruptura entre Francia y Suecia hacía esperar que reemplazaría á los suecos en el juego de la política francesa y que hallaría medio de recobrar la Pomerania, y en 22 de enero de 1682 firmó el segundo tratado de Colonia del Spree, por el que él y el rey se obligaban á mantener la paz y á hacer sufrir á los que la turbaran «las pérdidas y los daños de sus infracciones.» Turbar la paz era discutir á Luis XIV la justicia de las reuniones; el rey, por otra parte, limitaba sus pretensiones á los territorios que ya había reunido, á pesar de serle «muy fácil demostrar la justicia de las mismas con relación á varios países y Estados.» El subsidio anual de Francia se aumentaba hasta cuatrocientas mil libras y en caso de guerra hasta trescientos mil escudos. En 25 de marzo, Francia y Brandeburgo firmaban tratados con Dinamarca.

Pero el bando enemigo se había fortalecido: en febrero de 1682, el emperador había adherido á la liga de Suecia y Holanda, y España entró en ella en mayo, á cambio de la promesa de Holanda de ayudarla con ocho mil hombres en caso de que se viera atacada. Por otra parte, entre Luis XIV y sus aliados había una mala inteligencia, pues mientras éstos esperaban una guerra que les permitiese engrandecerse á costa de Suecia ó de Holanda, Francia sólo pensaba en prose-

guir sus conquistas en paz. Luis XIV trató de atraerse nuevamente á Suecia, pero el rey Carlos IX no se dejó conquistar. Al entrar en posesión del ducado de Dos Puentes, ya se había negado á prestar el homenaje ordenado por la Cámara de Metz, y ahora hasta hubo ruptura de relaciones diplomáticas entre las dos coronas durante tanto tiempo aliadas. La coalición firmada para conservar la paz de Nimega se mantuvo, pues, incólume, y para la conservación de aquella paz y de la de Westfalia, varios príncipes alemanes se pusieron de acuerdo, en un acta firmada en Viena en septiembre de 1682, comprometiéndose á formar cuerpos de ejército en el alto, medio y bajo Rhin. Luis XIV, aunque hizo declarar en Viena que estaba en condiciones de «hacer que se arrepintieran» los que quisiesen turbar la paz, no se sentía muy tranquilo; por esto había visto con gran satisfacción el gran cambio que se anunciaba en el estado de cosas existente.

La corte de Viena, después de haber tratado por corto tiempo con ciertos miramientos á Tekeli, el jefe de la insurrección húngara, había reanudado las hostilidades contra él. Tekeli pidió ayuda á los turcos, quienes á principios de 1682 se apercibieron á invadir Hungría, y aunque no está probado que Luis XIV excitara al Gran Señor á la guerra, es evidente que el apoyo dado á Tekeli por el rey de Francia, «protector de Hungría,» alentó á los húngaros á la resistencia. Además, en aquellos países orientales había varios agentes franceses en actividad constante.

Luis XIV, en la crisis que se anunciaba, había comenzado portándose como buen cristiano; en efecto, para que no pareciera que se aprovechaba del peligro en que estaba la religión, ordenó, en el mes de marzo, que se levantara el bloqueo de Luxemburgo; pero al obrar así movíale la idea de obligar al Imperio y al emperador á aceptar las proposiciones que había hecho después de la ocupación de Estrasburgo, contando con que aquéllas cederían á fin de estar tranquilos por este lado mientras luchasen en el Este. Su aliado Federico Guillermo le ayudó, negándose á enviar tropas contra los turcos, mientras no estuviese garantizado contra el peligro de una guerra en el Rhin, y Luis XIV apremió á la Dieta para que se resignase, dándole un plazo hasta el 2 de diciembre de 1682, plazo que luego consintió en prorrogar, aunque muy de mala gana. Ahora bien: á fines de aquel año, toda Hungría estaba en poder de los insurrectos, y en la primavera del año siguiente, el ejército turco, compuesto de trescientos mil hombres, se concentraba en Belgrado, y su general en jefe, el gran visir Kara Mustafá, marchaba sobre Viena, llegando en 12 de julio de 1683 á las puertas de la ciudad, de donde había huido el emperador.

La estupenda noticia propagóse por toda Europa, la cual se preguntó qué iba á hacer Francia. El papa, así que supo la marcha de los turcos, había decidido á pedir el socorro de Luis XIV, pues si bien en aquel entonces estaba en pleno conflicto con la corte de Francia por la cuestión de la regalía, el nacimiento del duque de Borgoña dióle pretexto para enviar á París un nuncio que fué portador de su súplica al mismo tiempo que de sus felicitaciones. Un viaje del rey á Alsacia y el fallecimiento de la reina retrasaron la audiencia hasta el mes de agosto de 1683, y cuando al fin fué re-

cibido, pronunció el nuncio elocuentes discursos que conmovieron, al parecer, á todos sus oyentes menos á Luis XIV. Éste creía que «ningún príncipe» quería «sinceramente» tomar parte en la guerra santa y que si él hacía «ostentación de los socorros que podría proporcionar,» sólo conseguiría con ello enemistarse con los turcos y arruinar el comercio francés en Levante; y decía que la tregua por él respetada era una prueba de su celo en favor de la cristiandad, ya que ella permitía al Imperio socorrer al emperador, quien no esperaba más que la terminación de la guerra para atacar á Francia.

Luis XIV procuraba conseguir sus propósitos en Ratisbona ofreciendo contentarse con una tregua de veinte años, en vez de un tratado de paz, y para tener de su parte á Brandeburgo y á Dinamarca, dábales á entender que estaba dispuesto á hacer con ellos la guerra á Suecia y á los príncipes de Hannover. Al mismo tiempo, trabajaba hábilmente para mantener la paz en la Alemania del Norte, esperando siempre el logro de sus fines simplemente por el efecto combinado de la guerra turca y del temor, propalado en Alemania, de un ataque de Francia (1).

Pero Viena iba á ser socorrida. El emperador y el papa se dirigieron al rey de Polonia, quien, desde hacía cuatro años, pensaba reanudar la guerra contra los turcos. Sobieski había pedido á Francia una ayuda que ésta le había negado. Un agente del emperador, que había interceptado una carta dirigida á Tekeli por un agente francés y en la que había esta frase: «He incluido vuestra última carta en el paquete de Constantinopla,» se sirvió de ella para demostrar á los polacos que el rey de Francia se entendía con el Gran Señor. Sobieski, hasta entonces servidor de la política francesa, se emancipó y á principios de 1683 propuso á la dieta polaca que concertase alianzas con los Estados amenazados por los turcos. El nuncio Pallavicini le prometió, además de la gloria que le correspondería como salvador de la cristiandad, el diezmo de los bienes eclesiásticos situados en Italia. En 31 de marzo de 1683 firmóse la alianza austro-polaca. El ejército polaco se apercibía á la lucha y contingentes de todos los puntos de Alemania marchaban hacia el Danubio.

Entonces comprendió Luis XIV que Viena sería libertada y que apremiaba el tiempo para completar las reuniones antes de que el emperador recobrase su libertad de acción, y el último día de agosto hizo saber al marqués de Grana, gobernador de los Países-Bajos españoles, que no habiendo dado la corte de España satis-

(1) El veneciano Foscarini atribuye á Luis XIV el intento de «pasar á Alemania, oponer un dique á los bárbaros y arrojarlos del Imperio con ayuda de los contingentes alemanes, obteniendo como recompensa á tan brillante servicio prestado á la cristiandad la dignidad de rey de los romanos, y en caso de ser depuesto Leopoldo, la corona imperial.» Algunos historiadores han opinado que, en efecto, Luis XIV sólo había esperado un llamamiento del emperador para emprender la cruzada, y es cierto que pensó en hacerse elegir emperador, puesto que quiso asegurarse votos por medio de tratados; pero aunque estaba ofuscado por la superioridad de la condición imperial sobre la suya y se creía capaz de gobernar el mundo, nada prueba que acariciase seriamente la ambición de ser emperador y aún menos que quisiera ponerse al frente de la cristiandad para ir contra los infieles. Luis XIV era un hombre muy práctico y muy positivo, y muy frío en el fondo, bajo una amplia apariencia.

facción en cuanto á los derechos reconocidos á Francia por la Cámara de Metz, veinte mil infantes y mil quinientos jinetes se disponían á entrar en las tierras de su gobierno y á vivir en ellas sobre el país. Louvois ordenó que se pusiese á la Flandes española «en situación de no dar nada en mucho tiempo al marqués de Grana, lo que sólo puede conseguirse haciendo allí mucho desorden;» y en efecto, el territorio fué asolado y gravado con una contribución de tres millones. En 23 de octubre de 1683 España declaró la guerra á Francia. En aquella fecha Viena había sido libertada; en efecto, en 12 de septiembre habíanse retirado los turcos ante el ejército polaco y alemán que mandaba el rey Sobieski.

Luis XIV veíase, pues, metido en una guerra formal en el momento en que los turcos se retiraban, y si bien nada había de temer, á lo menos por algún tiempo, del emperador, ocupado en proseguir su victoria, y sabía, además, que el rey de Inglaterra no se declararía en contra suya, en cambio Holanda le preocupaba, pues Guillermo de Orange se había apresurado á enviar al marqués de Grana no sólo el contingente de ocho mil hombres que las Provincias Unidas estaban obligadas á proporcionar á España, sino también algunos regimientos de su pertenencia. El monarca francés recurrió á los procedimientos que ya en otras ocasiones había empleado para subyugar al príncipe de Orange: tranquilizó al partido republicano burgués, opuesto como siempre á la guerra, diciendo y repitiendo que respetaría la barrera establecida por el tratado de Nimega, y declaró que cesaría en sus hostilidades si España le cedía ó bien Luxemburgo ó Courtrai, Dixmude, Beaumont, Bouvignes y Chimay, ó Puigercdá, la Seo de Urgel, Camprodón y Castellfullit, ó Rosas, Gerona y el cabo de Creus, ó Pamplona y Fuenterrabía, concediéndole un plazo hasta 31 de diciembre para que escogiese la combinación que mejor le pareciera. Los republicanos de Holanda se dieron por satisfechos y la ciudad de Amsterdam y la provincia de Frisia pusieron su veto á la guerra.

Luis XIV, tranquilizado por esta parte, continuó las operaciones militares; sus tropas se apoderaron, en noviembre, de Courtrai y Dixmude, y en diciembre devastaron Brujas y Bruselas y bombardearon Luxemburgo. No habiéndose sometido España en la fecha fijada, Audenarde fué también bombardeada en marzo de 1684 y en 4 de junio Crequi y Vaubán tomaron Luxemburgo. Los Estados generales se alarmaron por todas esas conquistas, pero achacaron la culpa de ellas á España; y para obligar á ésta á entrar en tratos, se comprometieron, en un convenio firmado con Francia en 29 de junio, á retirar sus tropas si la corte de Madrid no aceptaba el ultimátum. Luis XIV había prometido no llevar más lejos sus conquistas por aquel lado.

Nadie socorrió á España. El emperador reconquistaba Hungría y Francia continuaba haciendo lo que quería con sus aliados del Norte, habiendo firmado, en noviembre de 1683 y en enero de 1684, con Dinamarca y Brandeburgo nuevos tratados, en los que se aumentaban los subsidios y se concretaban las obligaciones. La Dieta alemana seguía alargando las negociaciones, pues el emperador, á quien el rey de España había dado

podere para tratar en su nombre, no se resignaba á firmar; pero había acumuladas en Sarrelouis numerosas tropas francesas, y ciento veinte escuadrones avanzaban en Alsacia «para conseguir la firma del emperador,» como decía la señora de Sevigné. Verjus, embajador de Francia en la Dieta, exigió una solución definitiva antes del 15 de agosto; y en esta fecha firmáronse dos tratados, uno entre el emperador y el rey de Francia, y otro entre éste y el rey de España. En ambos se pactaba una tregua de veinte años, durante la cual Luis XIV conservaría en su poder Estrasburgo, Kiel y los señorios y lugares del Imperio ocupados hasta 1.º de agosto de 1681 y, por otra parte, Luxemburgo, Beaumont,

Bouvignes y Chimay. Europa había, pues, cedido una vez más. Toda aquella política de violencia y de astucia había sido dirigida por una mano habilísima, la de Luis XIV, quien siempre obraba con prudencia en medio de su audacia.

El nuevo triunfo fué celebrado en Francia, y Racine, casi sin exagerar, pudo decir en un discurso pronunciado en la Academia, que el rey veía entonces á sus enemigos, «después de muchas conferencias, proyectos y lamentos inútiles, obligados á aceptar» sus condiciones, «sin haber podido, á pesar de sus esfuerzos, apartarse un solo paso del estrecho círculo que él había querido trazarles.»

LIBRO NOVENO

EL FIN DE UN PERÍODO

- I. Ojeada retrospectiva sobre la historia política (1661-1685). — II. El Estado en 1685. — III. Ojeada retrospectiva sobre la vida privada del rey. — IV. La corte de Francia en 1685. — V. La vida cortesana.

I.—Ojeada retrospectiva sobre la historia política (1661-1685)

Los años 1684 y 1685, en los que el rey cree haber vencido á Europa con la tregua de Ratisbona y á la herejía calvinista con la revocación del edicto de Nantes, señalan el término de un período de su reinado. Su matrimonio con la señora de Maintenón, celebrado en 1683, termina también un período de su vida privada. Fechas son éstas en las que conviene detenerse para abarcar con la mirada el pasado de Luis XIV, desde el año 1661.

La historia del comienzo de su gobierno, algunas horas después de la muerte de Mazarino, la habían constituido la toma de posesión de la autoridad, el asombro de la ciudad y de la corte, y muy pronto el aplauso universal; la advertencia de que en adelante hay «un rey y un rey que gobierna;» la penitencia de los héroes de la Fronda, Condé muy humilde, el Parlamento humillado y el desorden del pasado castigado en la persona de Fouquet. Y había empezado entonces una nueva era: el «método del orden» aplicado en todas partes; las grandes ambiciones propuestas al consejo de comercio; el llamamiento al trabajo y el desprecio declarado á la «vida ociosa y rastrera;» la labor de los oficios reavivada, las manufacturas del rey sirviendo de hermoso ejemplo, obras en las carreteras y en los ríos, la empresa del canal de los Dos Mares acometida, el mar ofreciéndose á Francia como camino de su fortuna, las industrias marítimas creadas, una flota recientemente construída en los mares de Poniente, otra en los de Levante, las grandes esperanzas que hacían concebir las Francias remotas del Canadá, de las Antillas y de Madagascar; las compañías de las Indias occidentales y de las Indias orientales brillantemente inauguradas y adoptando la segunda como emblema la flor de lis de oro sobre globo azul con la divisa *Florebo quocumque ferar*; la ambición de envolver al mundo en una red de vías francesas; el esfuerzo para establecer la disciplina en el reino, la actividad de los intendentes, la justicia del rey dejándose sentir en las provincias; la reforma de las leyes iniciada por la Ordenanza civil, la ilusión de reunir en la obediencia al rey y á la Iglesia á toda clase de disidentes; las primeras medidas, poco violentas aún, adoptadas contra los protestantes; la paz concertada entre Roma y los jansenistas; los honores tributados á

la inteligencia, la Academia de pintura y escultura organizada, las Academias de Inscripciones y de Ciencias instituídas, las mercedes otorgadas á los escritores y á los artistas; las grandes comedias de Molière, como *La escuela de las mujeres*, *Don Juan*, *El hipócrita* y *El Misántropo*; las primeras tragedias de Racine, las primeras sátiras de Boileau, las primeras fábulas de La Fontaine, las *Máximas* de La Rochefoucauld, las Cuaresmas y los Advientos de Bossuet; el Louvre continuado, ensanchado y decorado con la columnata; el primer Versalles de Luis XIV terminado; la *Gloria* de Val-de-Grace pintada por Mignard; la reconstitución de la fuerza militar, el esplendor de la «casa del rey,» el aumento de las tropas, la disciplina establecida; una diplomacia que trabaja en toda Europa, multitud de príncipes comprados y pagados, Dunkerque recobrada; los grandes gestos de orgullo, la gloria del rey sostenida contra España, contra el papa, contra Inglaterra; la inauguración en la primera coyuntura, que fué la muerte de Felipe IV, de la serie de conquistas á que brindaba la España en ruinas; las campañas de tomas de ciudades y la paz de Aquisgrán.

Esos acontecimientos se habían realizado, empujándose, por decirlo así, unos á otros, en siete años. La «Historia metálica (1)» relataba día por día en sus medallas los hechos más diversos, juntándolos en el orden cronológico. En 1661, Apolo, sentado en el globo adornado con las flores de lis, empuña con una mano el timón y con otra la lira; la leyenda dice: «Orden y felicidad,» y el exergo: «El rey tomando á su cargo los cuidados del imperio.» Apolo, con el látigo en alto, guía su cuadriga por el camino que marcan los signos del Zodíaco; la leyenda dice: «Dichosa Francia,» y el exergo: «Por la asiduidad del rey á sus consejos.» Harpócrates, dios del silencio, «compañero de los consejos» del rey, en actitud reposada y seguro de sí mismo, se lleva un dedo á los labios. El «Genio feliz de las Galias» anda con las alas desplegadas por un camino florido, contemplando amorosamente al Delfín á quien lleva en brazos, en 1.º de noviembre de 1661 (2). En 1662 las medallas celebran «la justicia del mejor de los príncipes» que detiene «el furor de los combates singulares;» «la excusa de los españoles delante de treinta embajadores de los príncipes,» en donde se ve en acti-

(1) *Médailles sur les principaux événements du règne de Louis le Grand*, pub. por la «Académie des médailles et des inscriptions,» París, 1702.

(2) *Ordo et felicitas. Rege curas imp. capessente*, M. DC. LXI. — *Gallia felix. Assidua Reg. in consiliis presentia*, M. DC. LXI. — *Comes consiliorum*, M. DC. LXI. — *Felix Galliarum genius. Natalis Delphini*, 1 Nov. M. DC. LXI.